

*La hija
del pintor*

La hija del pintor

Título original: *The Painter's Daughter*

© 2015 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

The Painter's Daughter

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Katya Evdokimova/Arcangel Images

Imagen de la contraportada (Historic english stately home, Cheshire):

© Debu55y/Shutterstock

Primera edición: marzo de 2019

Depósito legal: M-2829-2019

ISBN: 978-84-16973-99-6

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Julie Klassen

*La hija
del pintor*



*A Anna Paulson,
con cariño.*

«Lector, me casé con él. Nuestra boda fue discreta:
él y yo, y el clérigo, fuimos los únicos presentes».

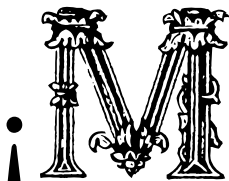
CHARLOTTE BRONTË
Jane Eyre

«El que anda en integridad...
y habla verdad en su corazón, aunque duela...
el que, aun jurando en perjuicio propio, no por eso cambia;
...no resbalará jamás».

SALMO 15 NIV

Capítulo 1

Devonshire, Inglaterra. Marzo de 1815

« ¡  alditos artistas...!», refunfuñó para sí el capitán Stephen Marshall Overtree mientras caminaba por las calles cercanas al puerto de ese pueblo que no conocía, mirando con atención los escaparates de todas y cada una de las tiendas y comercios que encontraba a su paso.

Volvió a mirar el arrugado papel que llevaba en la mano y a leer la nota, garabateada a toda prisa por su hermano.

...Como el año pasado, alquilaré una casita, pero todavía no sé cuál. Si surge la necesidad, puedes preguntar por mí al señor Dupont, Claude Dupont, de Lynmouth, Devon. Pero estoy seguro de que te las arreglarás perfectamente sin mi ayuda, Marsh. Siempre lo haces.

Stephen volvió a guardarse la nota en el bolsillo y a mirar los escaparates de los establecimientos por los que pasaba: tabernas, la oficina del oficial del puerto, tiendas de tabaco, una bodega de sidra... Hasta que una placa escrita con mucho gusto captó su atención.

CLAUDE DUPONT

Pintor, Real Academia de las Artes

Retratos por encargo, y también dibujos de paisajes.

Información y materiales para artistas visitantes.

Preguntar en el interior.

Stephen intentó abrir la puerta, pero el pestillo no se movió. Apoyó las manos sobre el cristal curvándolas un poco y miró dentro. En el sombrío interior se podían ver caballetes, paisajes enmarcados y muchas estanterías con materiales, pero no había ninguna persona.

Contuvo una queja. ¿Cómo diablos iba a preguntar dentro si la dichosa puerta estaba cerrada con llave? Aún no eran las cinco de la tarde. ¿Qué horario de atención tenía ese comercio? Stephen volvió a musitar para sí otro comentario negativo acerca de los artistas.

Con el rabillo del ojo distinguió la figura de una mujer de aspecto descuidado que salía por la puerta de la taberna para echar a la calle un balde de agua sucia.

—Busco a Wesley Overtree. ¿Lo conoce, o lo ha visto?

—¿Se refiere a ese hombre tan guapo, que parece el mismísimo Adonis? Pues no, señor. —Le guiñó un ojo—. Hoy no, se lo aseguro.

—¿Sabe dónde se aloja?

—En una de las casas de la ladera de la colina, creo, pero no sé en cuál.

—Muy bien... ¿Y qué me dice del señor Dupont? —probó Stephen, señalando la cerrada puerta del establecimiento.

—El señor Dupont está fuera, caballero. Pero he visto pasar a su hija hace menos de un cuarto de hora. Apostaría que iba en dirección al valle de las Rocas, y concretamente a Castle Rock, como hace todos los días más o menos a estas horas. —Señaló en dirección a una explanada, a partir de la cual el camino serpenteaba por la ladera de una colina antes de perderse en la distancia—. Lo único que tiene que hacer es seguir el camino hasta donde le lleve, y seguro que la encuentra.

—Muchas gracias.

Durante un momento, Stephen se quedó donde estaba, mirando en dirección a la colina. En la boscosa ladera se podían ver algunas casitas pequeñas y otras algo mayores; y al final, bastante más arriba, el pueblo vecino de Lynmouth, Lynton. Suspiró. Ya era demasiado tarde.

Avanzó por la explanada que había junto al mar hasta llegar al recodo desde el que el camino se adentraba en el interior y empezaba a ascender. Se alegró de haberse acordado del pequeño y estrecho sable, bien guardado entre la ropa. Cuando se viaja, uno nunca sabe dónde puede encontrarse con salteadores de caminos, y prefería estar armado en todo momento. Tenía muy arraigada su formación militar.

El camino, muy inclinado, pronto le obligó a respirar entrecortadamente. Lo cierto es que creía encontrarse en buena forma física, pero ese mes de vida tranquila, sin realizar ejercicio militar, ya le empezaba a pasar factura. Tendría unas palabras con Wesley en cuanto lo encontrara. Stephen debería haber vuelto ya con su regimiento, y no haberse

quedado en casa, haciendo el trabajo que le correspondía a Wes. Y tampoco tendría que haberse desplazado aquí.

Subió por el empinado camino, que se internaba entre los árboles; cuando torció hacia el oeste salió a un claro que discurría a lo largo del acantilado. Desde allí se podía distinguir el canal de Bristol, cuyas aguas eran de color azul grisáceo. La falda de la colina, muy inclinada, estaba cubierta de hierba, en ese momento bastante mustia, grandes arbustos de aliaga y algunos retoños de árboles, aunque muy pocos. Casi nada que pudiera impedir una caída. Si una persona resbalara sin darse cuenta, cosa que tampoco era tan difícil, pues el camino era pedregoso, rodaría entre cien y ciento cincuenta metros antes de caer sin remedio al oscuro mar. Se le encogió el estómago al pensarlo.

Se acordó de lo que hacía poco había predicho su antigua niñera: «No vivirás para recibir tu legado...». Todavía podía sentir la mano nervuda de la anciana apretada sobre su brazo y ver el brillo sombrío de sus ojos.

Con un estremecimiento, se alejó todo lo que pudo del borde del sendero y siguió caminando a buen paso.

El graznido de un ave marina le hizo levantar la vista. Las gaviotas planeaban, aprovechado el fuerte viento para hacerlo así y ahorrar aleteos. Vio alcas blanquinegras y gaviotas tridáctilas de color gris, muy quietas en los nidos de los afloramientos rocosos.

Caminó durante diez o quince minutos sin encontrar a la joven que, supuestamente, estaba por delante de él. Esperaba que no hubiera vuelto por otro camino. La temperatura parecía bajar mientras avanzaba. Aunque la primavera había llegado pronto a la costa del suroeste, el viento del norte soplaba con fuerza sobre en canal, como si no quisiera dejar escapar todavía el invierno.

Se caló aún más el sombrero y se subió el cuello del abrigo. En menos de dos semanas volvería a cambiar su atuendo civil por el uniforme militar, regresaría adonde le llamaba su deber, y su padre y su abuelo estarían de nuevo orgullosos de él. Pero antes tenía que encontrar a Wesley y enviarlo a casa. Ahora que Humphries iba a retirarse, alguien tenía que ayudar a supervisar la hacienda. Su padre no gozaba de buena salud y necesitaba un portavoz adecuado, capaz de tener contentos a los arrendatarios y de supervisar las tareas de los trabajadores. Como capitán del ejército británico, ese tipo de tareas no le habrían resultado difíciles a Stephen, pero su permiso terminaría pronto, pese al exilio de Napoleón.

La tarea de ayudar a gestionar la hacienda tendría que haber recaído sobre su hermano mayor; pero, pese a los ruegos de su madre, Wesley había vuelto a marcharse al sur durante el invierno. Para él lo primero era su actividad artística, lo tenía muy claro y lo repetía constantemente. Y, por supuesto, prefería que fueran otros los que se encargaran de los asuntos prácticos y cotidianos.

Tras doblar un recodo, Stephen vio un escarpado promontorio, formado por rocas apiladas bajo las almenas de lo que en su momento debió de ser una torre de vigilancia de la zona. Bajo él, la caída hasta el mar era impresionante. Miró hacia abajo para asegurar las pisadas, pero un destello de color captó su atención y alzó la cabeza.

Contuvo el aliento ante lo que vio. Una figura, ataviada con faldas flotantes, una capa batida por el viento y un sombrero de paja bien sujeto, estaba de pie en lo más alto del precipicio. Con la enorme roca a un lado y el acantilado al otro, extendía hacia delante una pierna calzada con una bota de media caña. ¿Pero qué estaba haciendo esa mujer? ¿Acaso habría enloquecido?

Se puso de rodillas y extendió el brazo, que terminaba en una mano enguantada, como si intentara alcanzar algo, ¿pero el qué? ¿O es que quería saltar?

Con el pulso acelerado, Stephen salió corriendo hacia delante.

—¡Deténgase! ¡No lo haga!

No pareció que le oyera, quizá debido al ruido del viento. Conforme se acercaba a la cima, pudo ver que lo que intentaba agarrar era un papel que se había quedado enredado en una aliaga espinosa.

—¡No se mueva! ¡Ya lo recojo yo!

—¡No! —gritó ella—. ¡No lo haga!

Se tomó su negativa como si lo que le preocupara a la joven fuera su seguridad y, sin hacerle caso, sacó el bastón para andar, de punta afilada, para alcanzar el trozo de papel. Inclinandose mucho, logró pinchar una de las esquinas del grueso rectángulo. Se trataba de una pintura. Contuvo el aliento.

Se volvió a mirar la cara de la mujer, que ahora comprobó que estaba surcada de lágrimas y enmarcada por el sombrero. Después contempló el dibujo, asombrado al darse cuenta de que plasmaba la imagen de la propia joven que estaba delante de él, a quien reconoció de inmediato, pues había llevado su retrato en el bolsillo durante todo un año de preparación y de lucha, lo había mirado a la luz de muchos fuegos en muchos campamentos.

Un golpe de viento le arrancó el sombrero, de modo que las cintas le rodearon la garganta, mientras que las alas caían sobre su espalda. El viento también agitó los rizados mechones de pelo rubio, que rodearon su cara delgada y de rasgos angulosos. Unos ojos tristes de color gris brillaban húmedos contra la luz del atardecer.

—Es... usted —dijo como si escupiera.

—¿Perdón? —Lo miró frunciendo el ceño—. ¿Nos conocemos?

Se aclaró la garganta y se incorporó.

—No. Quiero decir que... el retrato es de usted, ¿verdad? —Lo alzó y reconoció el estilo, que claramente era el de su hermano.

En lugar de darle las gracias, hizo un gesto de fastidio.

—¿Por qué ha hecho eso? Tenía la intención de lanzarlo al viento para que se lo llevara lo más lejos posible. Para que desapareciera.

—¿Por qué?

—Devuélvame lo —exigió, extendiendo la mano.

—Solo si me promete que no va a destruirlo.

—¿Quién es usted? —preguntó, apretando los labios.

—Soy el capitán Stephen Overtree —respondió, al tiempo que le entregaba el retrato—. Y usted debe de ser la señorita Dupont. Conoce a mi hermano, según creo.

Se lo quedó mirando, y después desvió la mirada.

—Creo que ha alquilado una casa que pertenece a su familia. He encontrado su estudio, pero estaba cerrado. ¿Haría el favor de decirme dónde puedo encontrarlo?

—Si yo fuera usted, no me molestaría —dijo—. Se ha marchado. Ha embarcado en dirección a Italia, en busca de su musa perfecta. Su dulcinea, o más bien su mona lisa, tratándose de Italia... —Se le escaparon nuevas lágrimas y le dio la vuelta al dibujo, mostrando unas líneas escritas con la inconfundible letra de su hermano. Las leyó:

Mi querida señorita Dupont:

Esa pareja italiana con la que nos encontramos me ha invitado a viajar con ellos a su tierra natal. A compartir su villa y pintar lo que me salga del corazón. Ha sido una decisión repentina, nacida directamente del alma, y no he podido resistirme. ¡Ya sabe lo mucho que amo Italia! Partimos de inmediato.

Sé que debería haberme despedido en persona. De hecho, la he buscado, pero no la he encontrado. Pero dado que usted es también una artista, estoy seguro de que me entenderá y se dará cuenta de que debo seguir a mi musa y perseguir mi pasión. Tengo que aprovechar esta oportunidad antes de que se la lleve la marea.

Usted y yo hemos compartido magníficos momentos. Siempre la recordaré con cariño.

Arrivederci.

W. D. O.

«¡Por todos los diablos!», juró para sí Stephen. ¿Cómo iba a mandar a su hermano a casa ahora?

—¿No ha dejado ninguna dirección? —preguntó—. ¿O un puerto de llegada, o una ciudad... algo?

La joven negó con la cabeza.

—A mí no. Creo que la pareja a la que se refiere es de Nápoles, pero puedo estar equivocada.

—¿El teniente Keith se ha ido con él?

—¿Se refiere a Carlton Keith? Pues supongo que sí. Van juntos a todas partes.

—¿Tiene usted idea de si mi hermano se ha llevado todas sus pertenencias? —preguntó, después de asentir. El objeto de la pregunta era deducir si su hermano tenía la intención de regresar a Lynmouth.

De nuevo negó con la cabeza.

—Esta mañana, cuando he ido a verle, me sorprendió comprobar que ha dejado atrás muchos de sus cuadros y dibujos, y también su abrigo.

—¿No ha informado a su padre de que pensaba marcharse?

—Mi padre ha viajado a Bath a hacer un cuadro de encargo. Todos imaginábamos que su hermano pensaba quedarse aquí durante la primavera. Por eso me ha... sorprendido tanto... recibir esta nota.

¿Era esa la verdadera razón por la que se había sorprendido? ¿O la única? Stephen no se lo creyó. Tanto sus lágrimas como la nota de disculpa de Wesley apuntaban a otra cosa. La señorita Dupont estaba enamorada de Wesley. Sin duda, él habría desplegado todos sus encantos con ella, y la había dejado cuando se aburrió. Puede que hasta la hubiera amado... durante un tiempo. O que al menos le gustara. ¿Hasta dónde

habrían llegado? ¿Habría traspasado Wes algún límite, aparte de romperle el corazón? Sintió escalofríos solo de pensarlo.

—¿Puedo ir a la casa? —preguntó Stephen.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué?

—Me gustaría echar un vistazo para ver si descubro alguna pista de adónde ha ido exactamente. Tengo que hacerle llegar un mensaje a Italia, sea como sea.

—Ya... —Hizo una pausa para pensar y después respondió, hablando con cierta brusquedad—. Puede preguntarle al práctico del puerto, que seguramente sabrá adónde se dirige el barco.

—Tiene razón, eso haré. Gracias. Pero de todas maneras me gustaría ver la casa en la que vivía mi hermano.

Ella se mordió el labio y después respondió titubeando:

—Es que... no creo que Bitty haya ido todavía a limpiar. Quizá sea mejor que...

—No me importa, señorita. Tengo prisa; así que, si no es mucha molestia, me gustaría ir ahora.

—De acuerdo —accedió finalmente, soltando un suspiro.

Pese a la cercanía del precipicio, la señorita Dupont saltó con la agilidad y la seguridad de una niña; parecía tener poco más de veinte años. Hizo un gesto para señalar un sendero que serpenteaba por el otro lado del promontorio.

—Este camino es más directo —explicó.

Se puso a su lado, sintiéndose como un caballo de carga en comparación con su grácil figura.

Lo guio hasta Lynton, el pueblo más elevado de los dos, y pasaron junto a la herrería, unas caballerizas y la vieja iglesia. Después tomaron un camino pavimentado que descendía por la colina. En un momento dado surgieron junto al camino tres casitas encaladas, que parecían colgar de la falda de la colina y desde las que se divisaba el puerto de Lynmouth y el canal de aguas brillantes. Al llegar a la primera casa, la chica tomó el manojito de llaves que tenía sujeto a la cintura con un gran imperdible y buscó la que correspondía. Abrió la puerta con ella y entró.

A Stephen le sorprendió la aparente soltura con la que una joven como ella entraba en la casa de un hombre soltero, sobre todo después de que en la conversación inicial se hubiera mostrado tan insegura en

su comportamiento. Entró tras ella y dejó la puerta abierta, como correspondía. Examinó el interior y se dio cuenta de que ella también lo hacía, como si estuviera buscando algo concreto. ¿Acaso era algo que no quería que él viera? Todo lo que observó entraba dentro de la normalidad tratándose de su hermano: materiales de pintura, como pinceles, un caballete, tarros de mezcla usados, lienzos en blanco o con algunos trazos y cuadernos de bocetos. Junto a una pared había una mesa y varias sillas y una pequeña estufa empotrada. Y enfrente, una cama sin hacer. La chica dirigió la mirada hacia ella, pero rápidamente la apartó.

En el suelo, al lado de una silla, había un guante de encaje. La chica lo recogió rápidamente e intentó esconderlo bajo la manga de su vestido.

—Se me debe de haber caído antes, cuando vine a echar un vistazo...

Vio que ya llevaba puestos unos guantes, pero no comentó nada. Se fijó en los cuadros que colgaban de la pared y después hojeó el cuaderno de bocetos que estaba sobre la mesa. En todas las hojas aparecía la cara que tan familiar era para él, la de la chica, con diferentes expresiones y desde distintos ángulos. En las primeras páginas su expresión era solemne y algo reacia, pero después parecía ir ganando confianza, mostrando tímidas medias sonrisas que, al final, se convertían en completas y brillantes. La ropa también variaba: al principio, vestidos de cuello completo y abrochado, después corpiños más bajos y, al final, hasta algún hombro desnudo.

La señorita Dupont, completamente ruborizada, se acercó adonde él estaba y cerró el cuaderno de bocetos.

—Sí, he posado para él bastantes veces —confirmó, poniéndose a la defensiva—. Me insistió mucho. Nunca lo había hecho, ni siquiera para mi propio padre, y la verdad es que me sentí muy incómoda. No obstante, como podrá deducir, en un lugar tan apartado resulta extremadamente difícil encontrar modelos.

A Stephen se le hizo un nudo en el estómago. Estaba claro. La cosa había ido demasiado lejos. Y Wesley había hecho algo más que romperle el corazón a la chica; que, por otra parte, era una muchacha inocente, si no se había equivocado en su juicio a primera vista.

—¿El teniente Keith también se aloja aquí? —preguntó.

—Sí. Le ofrecimos poner otra cama, pero nos dijo que prefería utilizar su petate. —Recorrió la habitación con la vista—. Por cierto, no lo veo, ni tampoco ninguna de sus cosas. Debe de haberse marchado con él.

En opinión de Stephen, eso era bastante propio de Keith.

—¿Es posible que mi hermano haya almacenado en algún sitio sus pertenencias para recogerlas a su vuelta? No habrá pagado el alquiler por un periodo prolongado para poder utilizar la casa cuando regrese, ¿no?

—No. Solo ha pagado hasta fin de mes.

Stephen hizo sus cálculos. Un viaje en barco hasta Italia duraría como poco dos o tres semanas por trayecto, en función de la meteorología y de los vientos, y eso sin contar con el tiempo que Wesley pasase allí pintando y haciendo bocetos. ¿Cómo era posible que Keith le hubiera dejado marchar? ¿En qué estaría pensando? ¡Y, además, irse con él sin dejar ni tan siquiera una nota, o un aviso! Aunque pudiera ser que, en esos momentos, hubiera una carta de camino a Overtree Hall por correo postal. Stephen suspiró.

—Tendré que empaquetarlo todo de alguna manera para transportarlo a casa.

—Puede que en el estudio tengamos un baúl que le sirva —dijo ella, asintiendo con aire ausente—. Vamos. Le pediré al asistente de mi padre que le ayude.

También le indicó que podía utilizar la casa para pasar la noche, ya que su hermano había pagado por ella. Stephen le agradeció el amable ofrecimiento, pero lo declinó, dado que ya había reservado una habitación en la posada Rising Sun; donde, además, le esperaba una cena caliente.

Le hizo un gesto a la chica para que saliera delante de él.

—La acompaño de regreso al pueblo, si lo desea.

Mientras el sol se ponía, descendieron por el sendero y enseguida llegaron a Lynmouth.

—¿Sabe una cosa...? —empezó la muchacha—. Su hermano nunca hizo mención a un hermano llamado Stephen. Se refería siempre a un tal Marsh,¹ del que decía que era una especie de ogro.

Stephen torció el gesto, pese a saber que al hacerlo se acentuaría la cicatriz de la mejilla, dándole aún más aspecto de ogro.

—Mi segundo nombre es Marshall —explicó—. Él me llama Marsh, aunque es solo uno de los muchos apodos que utiliza conmigo. También me llama capitán Black.²

1 N. del Trad.: *Marsh* significa «pantano» o «ciénaga». En los cuentos infantiles británicos, los ogros suelen vivir en ciénagas.

2 N. del Trad.: *Black* significa «negro».

—¡Vaya! Lo siento, no era mi intención...

—No se preocupe. Describe bien mi aspecto, soy bastante oscuro en muchos sentidos.

Cuando llegaron al estudio cercano al puerto, la señorita Dupont utilizó otra llave para abrir. Al ver que el interior estaba oscuro y silencioso, frunció el ceño.

—Se supone que Maurice tenía que mantener las luces encendidas y la puerta abierta hasta las cinco, como mínimo. Da la impresión de que se ha ido hace horas.

—¿Viven ustedes aquí? —preguntó Stephen.

—Tenemos una casa en Bath, pero cuando estamos aquí, en Lynmouth, utilizamos el piso de arriba. De todas formas, ahora que se ha ido mi padre me quedo con una vecina, la señora Thrupton.

Stephen leyó entre líneas.

—¿El asistente de su padre es un muchacho, o un hombre casado?

—Ninguna de las dos cosas.

—¡Ah! —Asintió y, sin ninguna lógica, se sintió aliviado por el hecho de que la chica se preocupara por su propia reputación.

Un hombre de unos veinte años bajó por las escaleras en calcetines. Llevaba puestos pantalones, camisa y chaleco. No llevaba levita. Tenía el pelo oscuro muy revuelto, como si acabara de levantarse de la cama.

—¿Me traes algo de comer? —le dijo—. Estoy muerto de hambre.

—Pues me temo que tendrás que apañártelas solo —replicó ella mientras se quitaba el gorro y los guantes.

—¿Quién es este? —preguntó el joven alzando la barbilla de forma bastante insolente.

—El capitán Overtree, hermano del señor Overtree. Capitán, este es Maurice O'Dell, el asistente de mi padre.

—¿Otro Overtree? ¡Vaya, hoy es mi día de suerte! —dijo con tono sarcástico—. ¿Y este qué quiere?

—Solo llevarse las pertenencias que ha dejado su hermano en la casa. Me gustaría que le ayudaras.

—He... escuchado que se ha ido —dijo O'Dell—. ¡Ya estaba bien, si quieres saber mi opinión!

—No quería saberla —dijo fríamente la señorita Dupont.

Stephen evaluó al joven como hipotético oponente para una pelea. Apenas era un poco más alto que la señorita Dupont, aunque bastante

más ancho. Sus prominentes y oscuros ojos y la nariz torcida hacían que pareciera un perro pequeño y malhumorado desafiando a otro mucho más grande.

O'Dell se volvió hacia Stephen con gesto torcido.

—No soy un mero asistente. Soy de la familia, sobrino de Claude Dupont.

—Sí, pero solo político, por matrimonio —aclaró ella—. Mi padre se casó hace años con la tía de Maurice.

—No pienso pasarme la vida haciendo grabados —afirmó O'Dell—. Soy artista por derecho propio. Algún día seré famoso. Espere y verá.

—Por desgracia, no tengo tanto tiempo —dijo Stephen secamente—. Y ahora, si fuera tan amable de facilitarme un baúl y de decirme el nombre de la compañía local de transporte con carretas...

—Tenemos varios baúles en el desván —dijo la señorita Dupont—. Maurice, encárgate de que lleven el más grande a la primera casa.

—Muy bien, pero ni se te ocurra pensar que voy a recoger y guardar las cosas de ese petimetre.

—Muy bien. Entonces encárgate de atender el estudio mientras yo lo hago. —Se volvió hacia Stephen—. ¿A qué hora quedamos?

—Suelo levantarme pronto. Podemos vernos a las ocho... o a las nueve, si lo prefiere.

—A las ocho me parece bien. Nos vemos a esa hora entonces.

Stephen dudó un momento.

—¿Está usted bien aquí o... prefiere que la acompañe a casa de la vecina que me ha comentado?

—No se preocupe por mí, ya iré por mi cuenta. Pero gracias de todas formas.



Sophie Margaretha Dupont se quedó mirando al forastero, de pelo negro y anchos hombros, que se alejaba por la calle, casi sin poder creer que se tratara de un hermano de Wesley Overtree. Del guapísimo y terrible Wesley.

No había tenido el más mínimo indicio de que las cosas hubieran cambiado entre ellos, o al menos para Wesley. Esa mañana se había presentado en la casita, como todos los días, sonriente, sintiendo mariposas

en el estómago de pura felicidad, ansiosa por volver a verlo y preguntándose de qué manera contarle las excelentes noticias que traía. Al llegar, se encontró la nota de despedida que había dejado en la casa y esta prácticamente vacía. Se le desvaneció la sonrisa y se le encogió el estómago de puro pavor. ¿Qué había pasado? ¿Qué era lo que había hecho mal?

Sabía que a los hombres no les gustaba que los presionaran, y por eso no lo había hecho. ¿Era solo que había perdido el interés, o que ella no era lo suficientemente hermosa para él ni como modelo ni como futura esposa?

Volvió a leer la nota que había rescatado del arbusto su hermano, y la conclusión parecía inevitable. No era que Wesley hubiera abandonado de repente Lynmouth, es que la había abandonado de repente a ella. Le dio la vuelta a la nota, escrita en la parte de atrás de uno de los retratos de las docenas que le había hecho. Demasiados, al parecer.

Sophie se apoyó sobre el mostrador del estudio, sintiéndose triste y agotada. Había sido el peor día de su vida, exceptuando el muy lejano de la muerte de su madre. Al pensarlo, acarició el anillo que llevaba colgando de una cadena, muy cerca del corazón.

Wesley no solo se había marchado, dejando tras de sí la última esperanza de una vida feliz a su lado; además, había tenido que soportar esa mortificante conversación con su hermano. La expresión de su rostro, dura y al mismo tiempo perceptiva e inteligente, le hizo llegar a la conclusión de que había adivinado la verdad, que posar para él no había sido el único ni el peor desliz que había cometido.

Recordó la forma en la que Wesley solía referirse a su hosco y siempre reprobador hermano, al que él llamaba Marsh: «El capitán Black pronto se liará a golpes con cualquiera que le hable». Por eso se había formado la imagen de un individuo malhumorado, nacido solo para pelear. Un hombre que había vivido situaciones terribles. Y que probablemente también había hecho cosas terribles.

El capitán Overtree tenía un aspecto fiero, de eso no había duda. Sobre todo debido a esa cicatriz, nada limpia, que le cruzaba la mejilla, y que ni las abundantes patillas ni el pelo largo conseguían ocultar. ¿Sería su tez oscura la que había llevado a que su hermano le pusiera el sobrenombre de capitán Black, o se debía a su personalidad taciturna? Quizá fuera por ambas cosas. Era bastante más alto que Wesley, pues medía alrededor de

un metro ochenta y cinco, y sus rasgos, duros y potentes, no tenían nada que ver con la finura de Wesley. Ni, por supuesto, con la perfecta belleza de su rostro. De todas maneras, tenía unos ojos impresionantes. De expresión penetrante e inteligente y azules, mientras que los de Wesley eran de color castaño claro. A partir de las descripciones de su hermano, jamás habría pensado que tuviera los ojos azules.

Esa efímera comparación entre ambos hermanos se fue desvaneciendo al tiempo que volvía a pensar en su propia situación. No era momento de recrearse en temas triviales. Y menos aún cuando sabía que su vida estaba en el filo de la navaja, y que pronto iba a cambiar para siempre.

Desde la muerte de su madre apenas había pensado en Dios. La Iglesia apenas había estado presente durante su infancia y adolescencia. Pero en estas últimas semanas había rezado mucho y muy intensamente, esperando que lo que se temía no fuera cierto.

Ahora tendría que cambiar el sentido de sus oraciones. Antes estaba segura de que Wesley se casaría con ella. Sin embargo, se había marchado, y muy lejos. Aunque regresara, ¿lo haría a tiempo de salvarla a ella y su reputación? ¡Por Dios, que regresara a tiempo...!